

la vuelta del Africa: es menester por cierto que se mirasen ámbas navegaciones como fabulosas en tiempo de Tolomeo el geografo, supuesto que este coloca después del *Sinus magnum*, que segun discurro es el golfo de Siam, una tierra desconocida entre Asia y Africa que va á parar al promontorio Prassum; de manera que el mar de la India no hubiera sido mas que un lago. Habíéndose adelantado hácia el Oriente los antiguos que reconocieron la India por la parte del norte, colocaron esta tierra incógnita en el mediodía.

CAPÍTULO XI. — *Cartago y Marsella.*

Tenia Cartago un derecho de gentes bien raro; á quantos extrangeros se metian á traficar con la Cerdeña y columnas de Hércules, los echaba al agua. No era ménos extravagante su derecho político; pues baxo pena de la vida prohibia que los Sardos cultivasen la tierra. Cartago acrecentó su poder por medio de las riquezas, y éstas por el del primero en lo sucesivo: y hecha dueña de las costas africanas que bañan el Mediterráneo, fué extendiéndose todo á lo largo de las del Océano. Hannon, en virtud de las órdenes de aquella república, esparció treinta mil Cartaginenses desde las columnas de Hércules hasta Cerné. Dice que aquellas columnas se hallan á una igual distancia de este sitio y de Cartago. Es muy digna

de notarse semejante situacion; la qual da á conocer que Hannon limitó sus establecimientos al vigésimo primo grado de latitud norte, esto es, dos ó tres grados de la otra parte de las islas Canarias, hácia el sur.

Hallándose Hannon en Cerné, emprendió otra navegacion, con el objeto de hacer nuevos descubrimientos hácia el mediodía. No trató casi de reconocer el continente. La extension de las costas que siguió este navegante, ocupó veinte y seis dias de navegacion; y se vió en la necesidad de volverse por falta de viveres. Parece que los Cartaginenses no hicieron uso ninguno de la expedicion de Hannon. Scillax dice que el mar no es navegable de la otra parte de Cerné, porque está baxa, cenagosa, y llena de yerbas marinas; y efectivamente hay mucho de todo esto en aquellas aguas. Los negociantes Cartaginenses de quienes habla Scillax, podian hallar impedimentos, que Hannon, que llevaba sesenta galeras de cincuenta remos cada una, habia podido sobrepujar. Soa relativas las dificultades; fuera de que no hemos de confundir una empresa que tiene la audacia y temeridad por objeto, con la que es efecto de la conducta comun de los hombres.

La relacion de Hannon forma un admirable fragmento de la antigüedad; y escribió el propio sugeto que executó, sin que use de ostentacion en sus narraciones. Los caudillos afamados es-

criben con sencillez sus acciones, porque están mas ufanos de sus hazañas que de sus dichos. Las cosas van acordes con el estilo. Hannon se dexa de asombros y maravillas; quanto nos dice del clima, terreno, costumbres y estilos de aquellos naturales, corresponde con lo que se ve hoy día en aquella costa de Africa; y tiene todas las apariencias de un diario de nuestros navegantes.

Hannon notó en su escuadra que todo el continente guardaba el mas profundo silencio durante el día; y que en la noche se oían los sonidos de diversos instrumentos músicos, y por donde quiera se veían hogueras, mayores ó menores. Nuestras relaciones lo confirman todo esto; y traen que aquellos salvages pasan el día en las selvas, para evitar el calor del sol; que por la noche encienden grandes hogueras para alejar las fieras; y que son apasionados amantes de la danza y de la música.

Hannon nos describe un volcan con todos los fenómenos que el Vesuvio da á ver hoy día; y su relacion sobre aquellas dos mugeres velludas que quisieron mas ser muertas que seguir á los Cartaginenses, y cuyas pieles mandó que se llevasen á Cartago, nó está desnuda de verosimilitud, como han querido decirlo.

Esta relacion es tanto mas preciosa quanto es un monumento púnico; y fué tenuta por fabulosa, á causa de ser un monumento púnico;

pues los romanos guardáron rencor á los Cartaginenses hasta despues de haberlos destruido. Pero únicamente la victoria decidió si era necesario decir *se púnica, ó romana*. Varios modernos han abrazado esta credulidad, diciendo que se han hecho aquellas ciudades que nos pinta Hannon, y de las que ni aun los menores vestigios habia en tiempos de Plinio? El asombro estaria en que los hubiese; Iba Hannon á fundar Atenas ó Corinto sobre aquellas costas? Dexaba en los sitios propios para el comercio algunas familias Cartaginenses, y de prisa las aseguraba contra los salvages y fieras. Las calamidades de Cartago fuéron causa de que cesase la navegacion del Africa; y por cierto que necesariamente hubieron de perecer ó volverse salvages todas aquellas familias. Y digo mas todavia; aun quando en el día existiesen las ruinas de aquellas nuevas poblaciones ¿quien hubiera ido á descubrirlas en medio de fragosidades y lagunas? Se halla no obstante en Scillax y Tolomeo que los Cartaginenses tenian grandes establecimientos en aquellas costas: estos son los vestigios de las poblaciones de Hannon; y los únicos, porque apenas hay otros de la república misma de Cartago.

Los Cartaginenses se hallaban en el camino de las riquezas; y si hubieran llegado hasta el grado quarto de latitud norte, y décimo quinto de longitud, hubieran descubierto la costa de Oro é

inmediatas suyas. Hubieran hecho allí un comercio de una mayor entidad que el que se hace hoy día, en que la América al parecer tiene envilecidos los tesoros de todos los demas países, y hallado unas riquezas con que no podían alzarse los Romanos.

Se han dicho cosas muy maravillosas tocante á las riquezas de la España. Los Fenicios, si ha de creerse á Aristóteles, aportaron á Tartasio, en donde encontraron tanta plata que no pudo caber en sus naves, y mandaron hacer de este metal sus mas viles utensilios. Los Cartaginenses, por la relacion de Diodoro, hallaron tanto oro y plata en los Pireneos, que emplearon parte de estos metales hasta en las áncoras de sus naves. No es necesario dar crédito á estas relaciones populares; y los hechos verídicos son estos:

Se halla en un fragmento de Polibio, citado por Strabon, que las minas de plata, que habia en el manantial del Bétis, y en las que se empleaban quarenta mil hombres, daban diariamente veinte y cinco mil dracmas al pueblo romano: lo que puede formar unos cinco millones de libras por año, á razon de cincuenta libras el marco. Los montes en que estaban estas minas, se llamaban *Montes de plata*; lo que muestra que eran el Perú de aquellos tiempos. Las minas de Hanóver no ocupan hoy día la quarta parte de trabajadores que se empleaban en las de España, y

fructifican mas; pero no conociendo apenas los Romanos mas que las minas de cobre, ni los Griegos mas que las nada ricas del Atica, hubieron de asombrarse de aquellas otras de España.

Durante la guerra de la sucesion de España, un sugeto, que se titulaba marques de Ródas, y del que decian haberse arruinado en las minas de oro, y enriquecido en los hospitales (1), propuso á la corte de Francia que se abriesen las minas de los Pireneos; y citaba á los Tirios, Cartaginenses, y Romanos. Le diéron licencia para escudriñar; escudriñó, y cavó en todas partes; y citando siempre, no halló nunca nada.

Hechos dueños del comercio de oro y plata los Cartaginenses, intentaron serlo amas del de plomo y estaño. Se acarreaban por tierra estos metales desde los puertos del Océano de la Galia hasta los del Mediterráneo. Los Cartaginenses quisieron recibirlos de la primera mano; y enviaron á *Himiteon*, para que formase establecimientos en las islas Casiteridas, que se cree son las de Silley.

Estos viages de la Bética á Inglaterra hicieron discurrir á varios sugetos que los Cartaginenses poseian la brújula; pero es cosa clara que iban siguiendo las costas. No quiero dar otra prueba de ello que lo que dice *Himiteon*, que tardó

(1) Tenia en parte la direccion de ellos.

quatro meses en ir desde la embocadura del Bétis á Inglaterra; fuera de que la famosa historia de aquel piloto Cartagines, que viendo venir á una nave romana, se encalló exprofeso para no enseñarle el derrotero de Inglaterra, da á conocer que estos barcos estaban bien inmediatos á las costas al encontrarse.

Los antiguos podrian haber hecho varios viajes marítimos que hiciesen discurrir que tenían la brújula, á pesar de que no la tenían. Si un piloto se hubiera alejado de las costas, y logrado un buen temporal durante su derrota, viendo sin cesar de noche una estrella polar, y salir y ponerse el sol de dia, es una cosa bien patente que hubiera podido conducirse como nos conducimos actualmente al auxilio de la brújula; pero sería un caso fortuito y no una navegacion formal.

Se ve en el tratado que dió fin á la primera guerra púnica, que Cartago puso su principal atencion en conservar el dominio de los mares, como Roma en no perder el de la tierra. Hannon declaró en la negociacion con los Romanos, que no permitiría que ni aun siquiera se lavasen las manos en los mares de Sicilia; no les fué lícito navegar de la otra parte del bello promontorio; se les prohibió todo comercio en la Sicilia, Cerdeña, y Africa, excepto Cartago: restriccion que muestra bien claramente que no se le preparaba allí al traficante romano un comercio de grandes utilidades.

Hubo sangrientas guerras á los principios entre Cartago y Marsella, con motivo de la pesca. Ajustada la paz despues, hicieron unidas el comercio de economía. Marsella se mostró tanto mas celosa, quanto siendo igual en industria con su rival, le era inferior en poder: y he aquí el motivo de aquella gran lealtad para con los Romanos. La guerra que estos hicieron á los Cartaginenses en España, fué un principio de riquezas para Marsella, que servía de escala. La ruina de Cartago y Corinto acrecentó mas todavía la gloria de Marsella; y sin las guerras civiles, en que era necesario cerrar los ojos, y abrazar un partido, hubiera sido dichosa baxo la proteccion de los Romanos, que no tenían celos de su comercio.

CAPÍTULO XII. — *Isla de Delos. Mitridates.*

Habiendo sido arruinada Corinto por los romanos, se retiró el comercio á Delos; pues la religion y piedad de los pueblos eran causa de que esta isla se mirase como un lugar seguro; y ademas, se hallaba grandemente situada para el comercio de Italia y Asia, que era el de mayor entidad despues que fué aniquilada el Africa, y debilitada la Grecia.

Los Griegos, como llevamos dicho, enviaron desde los primitivos tiempos colonias á la Propontide y Ponto Euxino; las cuales conservaron

sus leyes y libertad baxo el imperio de los Persas. Alexandro que no dirigia sus marchas mas que contra los bárbaros, no atacó estas colonias; y parece que ni aun las privaron de su gobierno politico los reyes del Ponto, que se apoderaron de muchas de ellas. El poder de estos monarcas creció sobremanera, desde el momento en que las sojuzgaron. Mitridates se hallaba en estado de asalarlar tropas en todas partes, de reparar (1) continuamente sus perdidas, de tener trabajadores, navíos, máquinas de guerra; de proporcionarse aliados, de corromper á los de los romanos, y aun á los romanos mismos, de reclutar á los bárbaros de Europa, y Asia; de hacer la guerra por mucho tiempo, y disciplinar sus tropas por consecuencia. Pudo armar é instruir á sus soldados segun el arte militar de los romanos, formar considerables cuerpos de los desertores de estos últimos, y experimentar finalmente grandes pérdidas y reverses sin perecer, y no hubiera perecido, si un rey sensual y bárbaro no hubiera aniquilado en los tiempos próximos lo que en los adversos le habia hecho pasar por un gran principe.

Así es como Mitridates, en una época en que los romanos se hallaban en el colmo de su gran-

(1) Perdió una vez 170,000 hombres; y al punto volvió á verse nuevos ejércitos.

deza, y que al parecer no tenian nada que temer mas que así mismos, puso en duda lo que la toma de Cartago, y derrotas de Filipo, Antioco y Perseo habian decidido. No hubo nunca guerra ninguna mas funesta: y hallándose ambos partidos con un gran poder y reciprocas ventajas, fueron destruidos los pueblos de la Grecia, sea como amigos, ó como enemigos de Mitridates. Delos se vió envuelta en el desastre comun. El comercio decayó en todas partes; y era bien necesario que se destruyese, quando se destruian los pueblos mismos.

Los romanos, para seguir un sistema de que he hablado (1) en otra parte, el de destruir por no parecer conquistadores, arruinaron Cartago y Corinto; y hubieran sido perdidos con semejante práctica, á no haber conquistado el mundo entero. Quando los reyes del Ponto se hicieron dueños de las colonias Griegas del Ponto Euxino, no cuidaron de destruir lo que habia de acarrear su grandeza.

CAPÍTULO XIII. — *Del carácter romano tocante á la marina.*

Los romanos no hacian caso mas que de las

(1) En las Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos.

tropas de tierra, cuyo espíritu era el de mantenerse firmes siempre, y pelear hasta morir en un mismo sitio. No podían hacer aprecio de las tropas de la marina, que se presentan al combate, huyen, vuelven, evitan siempre los peligros, y se valen de estratagemas, pero rara vez del valor. Todo esto era contrario al espíritu de los Griegos, y mucho mas todavía al de los romanos.

No hacemos hoy día el mismo aprecio de las fuerzas terrestres, ni el mismo desprecio de las marítimas. Se ha disminuido el arte en las primeras (1), pero aumentado en las últimas (2); es así que estimamos las cosas, con proporción á los grados de capacidad que se requieren para hacerlas bien.

CAPÍTULO XIV. — *De la disposicion de los romanos para el comercio.*

Nunca se notáron los celos del comercio en los romanos: y atacáron á Cartago, mas como á nacion rival que mercantil. Favoreciéron á las ciudades que hacian el comercio, aunque no estuviesen baxo la dominacion romana, y de esto

(1) Véanse las Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos.

(2) En las mismas.

modo aumentáron el poder de Marsella por medio de la cesion de diversos territorios. Todo lo temian de parte de los bárbaros, pero nada de un pueblo comerciante: y por otro lado el espíritu público, gloria, educacion militar, y forma de gobierno de los romanos les infundian indiferencia para el comercio. En Roma no se ocupaban mas que en guerras, elecciones, cabalas y pleytos; en sus campiñas solo se trataba de agricultura; y en las provincias, era incompatible con el tráfico un gobierno duro y tiránico.

Si la constitucion política de Roma era opuesta al comercio, no lo era ménos su derecho de gentes. « Los pueblos, dice el jurisconsulto Pomponio, con los que no tenemos amistad, hospitalidad, ni alianza, no son enemigos nuestros; sin embargo, si una cosa que nos pertenece cae en sus manos, se hacen dueños de ella, y señores de nuestros con ciudadanos; y se hallan en los propios términos con respecto á nosotros. »

No era ménos opresivo su derecho civil. La ley de Constantino, despues de haber declarado bastardos á los hijos de las personas viles que se casáron con las de un ilustre nacimiento, confunde á las mugeres que tienen una tienda de mercancias con las esclavas, taberneras, cómicas, hijas de un hombre que mantiene un burdel,

ó fué condenado á luchar en el circo. Esto nació de las antiguas instituciones romanas.

No ignoro que muchos sugetos, imbuidos con estas dos ideas; una, que no hay en el mundo cosa más útil á un estado que el comercio; y otra, que tenían los romanos la mejor administración pública de la tierra, creyeron que Roma habia fomentado y honrado el comercio; pero la verdad es que no pensó más que rara vez en ello.

CAPÍTULO XV. — *Comercio de los Romanos con los Bárbaros.*

Los romanos habian formado un vasto imperio de la Europa, Asia, y Africa; y la debilidad de los pueblos y tiranía del mando unieron todas las partes de tan inmenso cuerpo. En cuyo caso la política romana fué la de separarse de quantas naciones no habian sido sujetadas; y se abandonó el arte de enriquecerse, por no llevarles el de vencer. Los romanos promulgaron leyes para impedir todo tráfico con los bárbaros. « Que nadie, dicen Valente y Graciano, envíe vino, » acceyte, ni otros líquidos, á los bárbaros, ni » aun para probarlos ». Se prohibió baxo pena de vida el transporte del hierro.

Domiciano, príncipe tímido, mandó arrancar las viñas de la Galia, á fin sin duda de que esta bebida no llamase hácia allí á los bárbaros, co-

mo en otros tiempos los habia llamado hácia la Italia. Probo y Juliano, que nunca los temieron, mandaron plantarlas de nuevo.

Sé muy bien que quando el imperio se hallaba en su decadencia, forzaron los bárbaros á los romanos para establecer plazas de comercio, y traficar con ellos: pero esto mismo prueba que el espíritu de los romanos no era el del comercio.

CAPÍTULO XVI. — *Del comercio de los Romanos con la Arabia é India.*

El tráfico de la Arabia feliz y el de la India fueron los dos, ó casi únicos ramos del comercio exterior. Los Arabes poseian exorbitantes riquezas; las sacaban de sus mares y selvas; y como compraban poco y vendian mucho, atraian hácia si todo el oro y plata de sus vecinos. Augusto conoció la opulencia de los Arabes, y resolvió tenerlos por amigos, ó enemigos; y dispuso que Elio Galo pasase á la Arabia desde Egipto. Este general halló unos pueblos ociosos, sosegados, y poco aguerridos; dió batallas, puso asedios, y no perdió más que siete soldados: pero la perfidia de sus conductores, las marchas, clima, hambre, sed, enfermedades, y desacertadas providencias, acabaron con su ejército. Fué preciso pues contentarse con negociar con los Arabes, á